

ct

# El alma en un suspiro

de  
Sebastián Moreno

*(fragmento)*

*Las manos bajo las sábanas, el cuerpo sobre una cama humilde, el pensamiento meciéndose sobre la tela de una araña, el tiempo en un reloj, la añoranza amarrada al recuerdo, la nuca en la almohada, la fiebre en la piel, el alma en un suspiro.*

## VALENTÍN

Tienes la lengua seca como las mañanas de agosto. Lo sabes. Lo cambiarías por tener la lluvia de abril sobre tus hombros. Sobre las sienes. Entre las piernas. En los pezones. Como entonces. No hace falta que te lo diga nadie. No necesitas calendario. Ni una mano ni un beso sobre la frente. No lo necesitas. Es la fiebre. Ha vuelto. El reloj de la habitación va con retraso. Habrás muerto dos minutos antes de lo que creerán que has muerto. No será hoy. Tampoco será hoy, piensas. Tragas saliva. Te tragas también un pensamiento, una idea. Te tragas cada palabra, con sus escamas y sus raspas. Reconoces ese gesto de tu padre en ti. El lenguaje es tan escurridizo como los salmones, piensas. ¿Otra vez vas a manchar las sábanas? La vergüenza te seguirá rondando una vez se hayan secado. La vergüenza. La vergüenza dura siempre más que el miedo. La vergüenza siempre te aguarda bajo la cama, tras las cortinas, entre las mantas... Ardes. Ardes, y sin embargo, no hay ni rastro de ceniza. ¿De qué será hoy el puré? ¿Tocará manzana asada o yogur natural? Te asaltan recuerdos de tardes de juego, pan y chocolate. Te asalta una caricia de tu madre en el 36. El olor a hogaza no se te va de los ojos. ¿Por qué no puedes dejar de mirar esa ventana? ¿Tú, que invitarías a tus nietas a asomarse a ver el manantial? ¿Tú, que aprendiste que las tormentas nacen entre tus dedos? Tras la fiebre llega el frío, y después el sueño. Como si un río helado empezara a anudarse entre tus pies. Siempre la misma secuencia. Cierras aun más los ojos. Las cejas también quisieran escapar estirándose como lombrices. Vuelas. Aterrizas en la negrura de un suspiro de tu padre. ¿Cuántas veces te cogió en brazos cuando te quedabas dormido en el salón? ¿Por qué te acuerdas de esto ahora? Te gustaba perderte dentro de sus zapatillas. Las rojas. Esas tan rojas que el color se asoma incluso en las fotos en blanco y negro. Trasminándolas. Terebrándolas. ¿Has olvidado ya su voz? ¿Por qué era tan callado? ¿Se alimentaba de sus propias palabras para que tú pudieras comer? La alacena olía siempre a manteca y anís. Reconoces ese olor como propio. Llamaron a la puerta. La aporrearon. Te despertaron. ¡¡Papá!! Nunca más lo volviste a ver. Esos golpes te han perseguido en las noches más solitarias. Entendiste que esos golpes te convirtieron en adulto con apenas seis años. Te abandonas al vaivén del sueño. Sientes que la vida se te escapa a través de la aguja de un tocadiscos. ¿Quién bailará esta noche entre tus párpados? ¿Mercedes? ¿Mercedes... eres... tú? Se aparece diminuta en tu pupila y se hace paso entre tus ronquidos, de puntillas. Te sonríe como en el 44. Subís a la noria. Te ha costado dos reales. ¿Hoy también querrás besarla? Tenía los hombros fríos y los labios húmedos. Le coges la mano con la timidez de un niño. Mientras la noria gira os miráis fijamente. Le apartas un rizo de la frente. Ella se sonroja y cierra los ojos. Bésala. Bésala. Roncas. La noria empieza a bajar. Con tu pulgar enderezas su barbilla y te acercas. ¡Mercedes! ¿Por qué te vas? Se esfuma entre tus dedos. La noria también. Corres a través del cementerio, como en las fiestas de mayo. Corres y lanzas piedras contra las lápidas, contra el matorral, contra el camino. Te llenas de polvo. Te ensucias las manos. Te tizas los dedos. Te embarras las uñas. Sientes frío. Allí y aquí. El frío en el cementerio es una sensación muy explícita. Nunca olvidarás ese frío recorriéndote la espalda y esa caterva de cuervos graznándote al oído. Agarras esa piedra con la que escribiste tu nombre en la tierra. Valentín. Valentín. La agarras con fuerza, como se agarran las mandíbulas de un lobo a su presa. Otra vez la fiebre luchando mano a mano contra tu lucidez. ¿Seguirás solo en la habitación de la residencia cuando despiertes? ¿Te acompañará ese libro que ya

no consigues leer? El sudor también estará, te dices. Es la única caricia que esperas. ¿Llegará diciembre con su árbol, sin avisar, como todos los años? El reloj de la habitación va con retraso. Habrás muerto dos minutos antes de lo que creerán que has muerto. No será hoy. Tampoco será hoy, piensas. ¿Por qué no eres capaz de centrarte en un pensamiento? ¿Por qué divagas entre tanta blancura amarga de paredes y sábanas? Si pudieras llegar al menos volando hasta el puerto... Tienes la lengua seca como las mañanas de agosto. Lo sabes. Lo cambiarías por tener la lluvia de abril sobre tus hombros. ¿Sigues dormido? Te sobresalta el perfume de tu madre. Alcohol y rosas. Te escondes en su armario. Descuelgas uno de sus vestidos. La percha oscila impertinente. En la oscuridad, inhalas fuertemente sus ropas. ¿Qué es eso? ¿Una moneda olvidada en algún bolsillo? ¿Una hebilla? ¿Un botón? Tocándolo intuyes su brillo. Se esfuma entre tus dedos como un puñado de arena que ofreces a la orilla. ¡Lentejas! ¡Cómo se esmeraba en cocinarte lentejas! Con su pimiento, su zanahoria, su cebolla, su pimienta y su sal. Aún la oyes cantar. Se te amarran sus cantares como un nudo en la garganta. Te fascinaba esa canción de Juanito Valderrama. Llévale un paño húmedo. Colócalo sobre su frente. Ya no se levanta de la cama. ¿Qué edad tienes? A uno le cambia hasta la voz cuando una madre enferma, piensas. Arde. Arde y sin embargo, no hay ni rastro de ceniza. Suda. Se deshace. No consigues dormir observando su palidez. La casa se llena de vecinos. Todo el mundo ignora que ya no eres un niño. Desde hace mucho. Desde hace... mucho. Te peinan con un poco de saliva. Te anudan la corbata negra. Ella sola se enlaza al nudo de tu garganta. Desde entonces no solo te tragarás las palabras como tu padre. Ese día aprendes a tragarte incluso los suspiros, los silencios. Los ojos de todos los vecinos descansan condescendientes sobre tu nuca. Parece que estás en ese momento de la noche en que los sueños se transforman en lágrimas. Cada minuto en esa habitación se alarga como se alargaba el camino de la escuela a casa. Intenta al menos no orinarte otra vez. Rezas. ¿Cuánto hace que no ves el mar? ¿Cuánto hace que no haces algo por primera vez? Llevas muriéndote tantas noches... Sientes cómo mengua el colchón. Acabará por desaparecer. ¿No se dan cuenta de que no te gusta el arroz hervido? Ha debido acabarse la sal, piensas, y es la única explicación que aceptas. Todo se acaba menos la fiebre. Lo sabes. No hace falta que te lo diga nadie. Aprietas los párpados, intentando inducirte el sueño. La noria... Quisieras volver a la noria... Hoy sabes que Mercedes acabará siendo la madre de tu hijo. Temblaba aquella noche. ¿Por qué tiembblas? Susurraste. Le pusiste tu chaqueta sobre los hombros. Al poco, empezaste a temblar tú. Acomodó su cabeza en tu pecho. No conseguiste calmar tus latidos. ¿Se asustaría? Un beso sobre la frente. Como tantas noches. Mercedes... Soy Valentín, le dices a una mueca arrugada que se retuerce en el sofá. ¿Dónde estás ahora? ¿Qué año es? Mercedes... Soy Valentín. ¿Ya no te reconoce? Una noche lavándose la dentadura postiza, se escapó su memoria por el desagüe, te cuentas... Cuando salió del baño era otra. En sus ojos podías leer un grito de socorro... ¡Ayúdame! ¿Qué es ese viento? Pronto te traerán el desayuno. ¿Por qué se empeñan en traerlo tan pronto? ¿Cuánto hace que no te levantas de la cama?